

Incertidumbre y vida cotidiana: la construcción de un poder

Por Luis Carrizo¹

*El ser humano porta en sí mismo
un principio de incertidumbre
que es su principio de libertad.*

Edgar Morin²

Resumen

Cada vez con mayor frecuencia, asistimos al reclamo de seguridades sobre el futuro en distintos ámbitos; puesto que la seguridad -y sus corolarios: ansias de certezas, hipervalorización de lo tangible y lo cuantificable, el exilio de la duda como método- se ha convertido en un factor protagónico en nuestra actual vida cotidiana.

Palabras clave: *seguridad- incertidumbre - vida cotidiana.*

Abstract

Increasingly, we are attending the call for security about future in different areas; since security - and its corollaries: craving for certainties, overvaluation of the tangible and the quantifiable, the exile of doubt as a method - has become a leading factor in our current daily life.

Key words: *safety- uncertainty - daily life.*

Cada vez con mayor frecuencia, asistimos al reclamo de seguridades sobre el futuro, en distintos ámbitos de la vida cotidiana: desde la proliferación de tarotistas, profetas y autodenominados adivinos (en América Latina su crecimiento es exponencial) hasta lo que podríamos caracterizar como la época de oro de las compañías de seguros o la apasionada búsqueda de eternidad por parte de algunos prospectivistas extremos. En cualquier caso, la

¹ Presentado en la Mesa redonda N° 1: “L'éducation et l'apprendre à vivre” en el marco del Congrès Mondial pour la Pensée Complexe. UNESCO, París, 8-9 diciembre de 2016. El autor agradece especialmente el importante apoyo de la Embajada de Francia en Montevideo para facilitar su participación en el Congreso Mundial para el Pensamiento Complejo.

Luis CARRIZO (Uruguay) es psicólogo, especializado en psicología social, y magister en desarrollo regional y local.
E-Mail: luis.carrizo54@gmail.com | l.carrizo@unesco.org

² Edgar Morin: *La Méthode 5. L'humanité de l'humanité. L'Identité humaine*. Seuil, Paris, 2001.

seguridad –y sus corolarios: ansias de certezas, hipervalorización de lo tangible y lo cuantificable, el exilio de la duda como método- se ha convertido en un factor protagónico en nuestra actual vida cotidiana.

A esto colabora el paradigma interpretativo dominante, fundado en el racionalismo y en la noción de evolución lineal y acumulativa. Este sistema de ideas, de neto cuño positivista, se encuentra expresado con magnífica eficacia en la famosa frase de Auguste Comte: «*L'amour pour principe et l'ordre pour base; le progrès pour but*»³. “Orden y progreso”: famosa fórmula expresada desde la bandera de una de las potencias económicas del planeta hasta las aulas del sistema decimonónico de enseñanza que aún hoy pervive.

Desde esta perspectiva, la incertidumbre es percibida con auténtico temor, como un riesgo, una amenaza, antesala del caos y, ¿por qué no?, de la propia destrucción o derrota. Por esa razón, se entiende, deviene su aplicación como una estrategia comercial o política de uso corriente en los mercados y campañas: la denominada FUD por sus siglas en inglés: *Fear, Uncertainty and Doubt*. A través de distintas técnicas de comunicación -muchas de ellas falaces y carentes de ética- la estrategia consiste en inocular estos tres sentimientos (poderosos) a los potenciales clientes o electores de campañas de la competencia (ya sea ésta comercial o política), manipulando la ruta de decisión hacia los propios productos o candidatos. Sin duda, la incertidumbre (y sus sombras negras, el miedo y la duda) tiene mala prensa en nuestra época, y se encuentra asociada a los peores escenarios y a los protagonistas más terribles.

Por cierto, la incertidumbre como percepción angustiante no surge en la modernidad, aunque cobra nueva fuerza o configuración en épocas de gran desarrollo tecno-científico, con insospechadas consecuencias en el destino global y la vida cotidiana. En efecto, el conocimiento científico, como clásica respuesta a las incógnitas del universo y el tiempo, ha generado a la vez mayor confianza en nuestras posibilidades y, aparente paradoja, mayor convicción sobre los gigantescos límites de nuestro saber y sus peligros. En el alba del nuevo milenio, el Secretario de Ciencia y Tecnología de Suiza, Charles Kleiber (2001), al inaugurar el Congreso Mundial de Transdisciplinariedad en Zurich, expresaba: “Ningún otro siglo ha sembrado tanta vergüenza, amargura, confusión, interrogantes, esperanza y miedo en los corazones de la humanidad. Nunca el progreso de la ciencia ha levantado tantas promesas y tantas dudas”. En la misma época, Edgar Morin, nuestro gran humanista, alertaba: “Estamos en un *Titanic* planetario, con su cuatrimotor técnico, científico, económico y de beneficios, pero no controlado ética y políticamente.”

³ Auguste Comte : *Système de politique positive* (1852)

Los fantasmas ancestrales de la especie humana, milenarios compañeros de viaje -antaño sólo exorcizados por oráculos, Pitonisa o Sibila- hoy son enfrentados con otras herramientas y modelos de previsión informatizados a través de supercomputadores. Las técnicas han variado, mas no así la percepción de riesgo asociado a la ignorancia sobre el devenir. Desde su miopía cultural, que fractura lo que es un ensamble, el *homo sapiens* se ve jaqueado por el *homo demens*. Así también, la incertidumbre sigue siendo la hija despreciada de la historia humana, vestida de fatalidad abrumadora, en vez de ser reintegrada a la vida cotidiana como futuro a construir, y entretejida -en el ensamble *sapiens/demens*- como utopía.

Ensayemos entonces otra forma de “sentir” la incertidumbre. Ensayemos otra trilogía que no la defina, junto con el miedo y la duda, como la certidumbre del desastre ineludible. Tal como advierte Edgar Morin (2004), « incertitude et doute sont liés : l’un appelle l’autre et l’autre appelle l’un. Comme Hegel disait : « le scepticisme est l’énergie de l’esprit », car il s’attaque aux dogmes et aux croyances. ». Es esta misma duda la que nos previene del riesgo del conocimiento cerrado que se funda en ilusiones. De esta manera, vemos que la duda también fortalece el conocimiento: podemos hermanar esta contradicción de manera dialógica y productiva.

En la vida cotidiana, el sentido común imprime a la vivencia de incertidumbre la densidad amenazadora de la trilogía clásica “incertidumbre-duda-miedo”. Torna invisible, de esta manera, otras perspectivas y otras aperturas de lo incierto y lo impredecible: su potencial de creación, de innovación, de ruptura con la determinación y la tendencia estadística. El escenario que se abre es el de la autonomía-en-la-interdependencia, con alta implicación del ser humano como constructor de sus futuros posibles.

Durante casi un cuarto de siglo he ejercido la profesión de psicólogo clínico, en dispositivos psicoterapéuticos de abordaje individual, de pareja, familiar, grupal e institucional. La experiencia recopilada y sistematizada me ha permitido apreciar el enorme potencial de incidencia (conservador o transformador) que tiene la percepción de incertidumbre en la vida cotidiana de la gente y las organizaciones. Al poner en cuestión los sistemas de conocimiento y de interpretación, era frecuente constatar que las eventuales amenazas que podía traer el futuro no residían en la incertidumbre en sí misma, sino en los errores y las ilusiones de esos mismos sistemas interpretativos y justificativos. Dicho de otro modo: el problema no era tanto el desconocimiento del futuro, ni siquiera la ignorancia como límite, sino los peligros que anidaban en una versión limitada, ilusoria y errónea del conocimiento del que se partía.

En nuestra práctica clínica, lo que muchas veces hemos observado es que, frente a este estado de cosas, los seres humanos optan –desde una actitud ubicada en un paradigma simplificador– por respuestas como las siguientes:

- se intenta reducir lo imprevisto a través de una rígida planificación, siempre insuficiente;
- se produce un repliegue individualista frente a la sensación de pérdida de control sobre el otro, singular y generalizado;
- se ve erosionada la confianza básica para incidir en lo que deviene;
- se afianza un sentimiento de nostalgia por un tiempo pasado idealizado;
- se incrementa la burocratización y el vaciamiento de sentido de las prácticas cotidianas;
- se fortalece la *disyunción* como principio operativo: la relación autonomía/dependencia se reduce a uno de sus polos, el bucle orden/desorden/organización genera confusión y retraimiento, etc.;
- se fortifica el pensamiento maniqueo y la irrupción de respuestas violentas e intolerantes frente a las crisis.

Por eso, ya a comienzos de este siglo, en sus famosos *Siete saberes necesarios para la educación del futuro*, solicitados y editados por la UNESCO, año 2000, Edgar Morin señala un anhelo: “Si pudiera haber un progreso básico en el siglo XXI sería que ni los hombres ni las mujeres siguieran siendo juguetes inconscientes de sus ideas y de sus propias mentiras. Es un deber importante de la educación armar a cada uno en el combate vital para la lucidez.” Allí encontramos una solicitud también para nuestro sistema educativo: la necesidad de una reforma educativa, en donde escuela y universidad no solamente enseñen conocimientos, sino (y fundamentalmente) el “conocimiento del conocimiento”: sus debilidades, sus errores, sus ilusiones, aun sabiendo que sólo es parcial y provisorio.

Sin embargo, por más que decirlo afecte a un espíritu racionalista, esto es estimulante: se trata de la aventura de aprender a vivir: contextualizar y afrontar los riesgos y las incertidumbres, estando mejor equipados y sabiendo qué queremos. Aunque algunos mitos prevalecen, de todas formas actualmente existen mejores condiciones para afrontar la incertidumbre del futuro, a través de los enormes avances que realizan los sistemas de ciencia, tecnología e innovación. Sin embargo, aún faltan algunos componentes estratégicos y determinantes en este cuadro, desde una perspectiva que sostiene que lo que el futuro traiga con él no es ineluctable y que todavía está por ser construido:

a) Fortalecer los *fundamentos éticos del pilotaje político, científico y económico*, a nivel global y local.

b) Promover activamente la *gestión social del conocimiento*, fortaleciendo la ciudadanía activa y comprometida con su destino.

c) *Educar para la incertidumbre*. Los sistemas educativos del siglo XXI deben proponer –como enseña Morin- el conocimiento del conocimiento, auto-reflexivo y crítico, que conozca de sus errores y de sus ilusiones. En la misma línea valorizamos el aporte de Helga Nowotny (2016), al decir: “Aprender a afrontar la incertidumbre constituye uno de los más preciosos recursos culturales (de una sociedad)”

Si bien el futuro es incertidumbre, la incertidumbre no es oscuridad. Podemos augurar escenarios posibles (y quizás probables) con la conciencia de los límites, las armas del conocimiento y la inteligencia de la estrategia. El pensamiento ecológico –que contextualiza y anticipa– sabe que ninguna acción está segura de cumplir, en el filo del destino, con su intención original. Por eso la denominada “ecología de la acción” llama a responsabilidad y se abre a la ética del futuro en el hacer de hoy, tanto como a la ética de lo colectivo en el hacer individual. Sabe que no puede anular la incertidumbre, sabe que no puede prever las mil resonancias de una acción... y sabe que debe apoyarse en su conocimiento provisorio para jugar la estrategia de apostar a lo desconocido. Morin (2000) pinta el paisaje de esa apuesta: *la navegación, en un océano de incertidumbres, a través de archipiélagos de certezas*.

Y, por su parte, Nowotny (2016) apuesta: “*La incertidumbre viene con una promesa: esto podría ser de otra manera.*”

El pensar desde la complejidad, valorando su tejido de tantas hebras y colores, nos previene de reducir nuestra concepción de futuro. Nos alerta de los riesgos de la acción, pero nos invita a la acción. Nos propone aceptar la incertidumbre, amando la promesa y afrontando sus peligros. Nos ayuda a construir la dialógica entre el delirio de la utopía y la racionalidad del mapa, entre la estructura del programa y la dinámica de la estrategia. Nos convoca a conjugar los tiempos del futuro, asociando –sin confundir– y distinguiendo –sin divorciar– nuestra memoria de ayer con la decisión de hoy y la proyección de mañana, en un precipitado siempre definido en presente.⁴

⁴ Luis Carrizo, periódico *la diaria*, Montevideo, diciembre 2013.

El pensar la incertidumbre desde la complejidad es una estrategia, una estrategia de futuro, conservadora y cambiante, intelectualmente planificada y, con certeza, apasionante.

Bibliografía

Kleiber Charles, en Klein, Julie T. et al.: *Transdisciplinarity: Joint problem solving among science, technology and society*. Basel: Birkhäuser Verlag, 2001.

Morin Edgar, “Enseigner á vivre. Manifeste pour changer l’éducation”. Paris, Actes Sud | Play Back, 2014.

Morin Edgar, “Los siete saberes necesarios para la educación del futuro”. Paris, UNESCO, 2000.

Nowotny Helga: *The cunning of uncertainty*. Cambridge, Polity Press, 2016.